

La *signora Letizia*, fresca rosa de cincuenta años, estaba en el lecho trinando y charlando con sus dos galanes, de los cuales el uno estaba sentado ante ella en un escabel bajo, y el otro, extendido en un gran sillón, punteaba la guitarra. En la cámara vecina hendían el aire de tiempo en tiempo también los giros de una dulce canción ó los de una carcajada aún más deliciosa.

Con cierta ironía superficial, que el Marqués adoptaba algunas veces, me presentó á la *signora* y á los dos caballeros, haciéndoles saber que yo era el mismo Juan Enrique Heine, doctor en Derecho, entonces célebre en la literatura jurídica alemana. Por desgracia, uno de aquellos señores era profesor de Bolonia, y precisamente juriconsulto, aunque su abultado y redondo abdomen más bien apreciaba calificarle de una figura de trigonometría esférica (1).

Aunque con cierto embarazo, hice la observación de que no escribía bajo mi propio nombre, sino bajo el

(1) La versión francesa, dice: *aunque según su andar desmazalado y su muelle y redondeado abdomen, se le hubiera podido tomar más bien por un canónigo.*

nombre de Jarke; y lo dije por modestia, pues por casualidad me pasó por la imaginación el nombre de uno de los más insignificantes insectos de nuestra literatura jurídica. El boloñés lamentó en verdad no haber oído todavía este célebre nombre—lo que quizá te sucederá también á tí, querido lector;—pero no dudó de que su brillo se habría de extender pronto por toda la tierra. Después se arrellanó en su sillón, arrancó un acorde á la guitarra y cantó el ária de Assur.

«¡Escucha propicio,
Oh Brahma potente,
La voz balbuciente,
Del niño, del niño!.....»

En la cámara vecina resonó, á manera del eco dulce y provocativo de la voz del ruiseñor, una melodía semejante. Pero la *signora Letizia* gorjeaba entretanto en la más aguda voz de tiple:

«¡Por tí se arde mi mejilla,
Por tí el pulso da latido,
Y de dulce amor henchido
Me palpita el corazón!»

Y en seguida añadió en prosa y con un vozarrón muy grave:—«¡Bartolo, dame la escupidera!»

Levantóse entonces Bartolo de su taburete sobre sus piernas secas, cual si fuesen de madera, y presentó respetuosamente una vasija de porcelena azul algo sucia.

Este segundo galán, según en alemán me insinuó Gumpelino, era un poeta muy célebre, cuyos cantos, compuestos ya hacía veinte años, resuenan aún en toda Italia, y embriagan á viejos y jóvenes con el dulce fuego de amor que en ellos flamea, y, no obstante, ahora no es más que un pobre hombre envejecido, con los ojos marchitos en su ajado semblante, escasos cabellos blancos en su temblorosa cabeza y fría esterilidad en su apenado corazón.

Así un pobre y viejo poeta, con su fría demacración, se parece á las cepas que se ven en invierno sobre las frías montañas, secas y sin hojas, temblando á impulsos del viento y cubiertas de nieve, en tanto que el dulce mosto, que un día brotara de ellas, caldea en remotos países el corazón de tantos bebedores, que se embriagan cantando sus alabanzas.

¡Quién sabe si un día la imprenta, prensa del pensamiento, me habrá exprimido hasta la última gota, y sólo podrá encontrarse ya en la casa editorial de Hoffman y Campe, mi antiguo espíritu destilado; y si yo mismo no estaré acaso tan seco y entristecido como el pobre Bartolo, sentado en el escabel junto al lecho de una vieja *inamorata* y le alargue gustoso la escupidera!

La *signora Letizia* me dió sus disculpas, por estar en el lecho y hasta boca abajo, porque le había salido un abceso en la parte inferior del dorso, á causa de haber comido muchos higos, y esto le impedía estar reclinada de espalda como cumple á una señora honesta. Yacía, en verdad, en la posición de una esfinge; sus cabellos

rizados hacia arriba caían sobre sus dos brazos, entre los cuales se henchía su seno como un mar Rojo.

—¿Es usted alemán?—me preguntó.

—Soy demasiado honrado para mentir, señora—replicó mi humilde persona.

—¡Ah, los alemanes son bastante honrados! suspiró ella;—¡pero de qué sirve que las gentes sean honradas, si nos roban! Ellos arruinan á Italia. Mis mejores amigos están encarcelados en Milán; sólo esclavitud.....

—No, no—exclamó el Marqués—no se queje usted de los alemanes, que somos conquistadores conquistados, vencedores vencidos, así que llegamos á Italia; ver á usted, señora, verla, y caer á sus plantas, es todo uno..... —y sacando un pañuelo de seda amarilla se arrodilló, diciendo:—Aquí me tiene de hinojos rindiéndole homenaje en nombre de toda Alemania.

—¡Cristoforo di Gumpelino!—suspiró la *signora* lánguidamente y con profunda emoción;—levántese usted y abráceme.

Mas para que el tierno pastor no estropeará el peinado y el afeite de su amada, no le besó ésta en los ardientes labios, sino en la frente roja, de modo que sumergió profundamente su rostro, y la nariz, que era como su timón, fué á remar en el mar Rojo.

—¡Signor Bartolo!—exclamé yo—permita usted que me sirva de la escupidera.

El signor Bartolo sonrió tristemente, pero no dijo una sola palabra, por más que pasaba en Bolonia por el mejor profesor de lenguas, después de Mezzofanti. No nos

gusta hablar cuando tenemos el hablar por profesión. Servía á la *signora* como un caballero mudo, y sólo sabía de cuando en cuando recitarle la composición que hacía veinticinco años le arrojara á la escena, cuando se presentó en Bolonia por primera vez en el papel de Ariadna. Él mismo estaba quizá en aquel tiempo hojoso y florido, quizá semejante al mismo sagrado Baco, y su Letizia—Ariadna se precipitaría de seguro como una bacante (1) en sus lozanos brazos..... (2) ¡*Evoe Bacche!* Componía él entonces muchas poesías amorosas, que ahora se conservan aún, como queda dicho, en la literatura italiana, en tanto que el poeta y su amada se han convertido en papel viejo.

Su fidelidad se ha conservado á través de veinticinco años, y creo que le encontrará su última hora sentado en el escabel, recitando gustoso sus versos ó alargando la escupidera (3). El profesor de jurisprudencia se arrastra también casi desde la misma época en los amorosos lazos de la *signora*, sigue haciéndole la corte con la misma asiduidad que á principios de este siglo, y hasta sigue teniendo que aplazar sin compasión sus lecciones académicas, cuando ella le exige que le acompañe á alguna parte; sigue aún cargado con todas las servidumbres de un verdadero *patito* (4).

La inquebrantable constancia de los dos adoradores

(1) La versión francesa añade: *desmelenada*.

(2) La versión francesa suprime: *lozanos*.

(3) La versión francesa añade: *ad libitum*.

(4) Palabra italiana: padecido; sufrido, aquí *apasionado*.

de una belleza ha mucho tiempo arruinada, quizá sea un hábito, acaso piedad hacia antiguos sentimientos, quizá sólo el sentimiento mismo que se ha hecho completamente independiente del estado actual de su objeto antiguo, al que contemplan sólo con los ojos del recuerdo.

Con frecuencia vemos gentes ancianas en las ciudades católicas, que se arrodillan en el ángulo de una calle ante la imagen de una *Madonna*, tan pálida y maltrecha que apenas han quedado algunas huellas y contornos del semblante, si es que ya no se ve tan sólo el nicho en que estaba pintada y la lámpara que colgaba de su parte superior; pero las gentes ancianas que con el rosario en sus manos temblorosas se arrodillan allí devotamente, vienen haciendo lo mismo desde su juventud; la costumbre les lleva siempre á la misma hora al mismo sitio; no reparan en la desaparición de la querida imagen, y como al fin la vejez debilita tanto y deja ciego, llega á ser completamente indiferente quizá que el objeto de nuestra adoración sea después de todo visible ó no.

Los que creen sin ver, son en todo caso más felices que los de vista penetrante que notan cada una de las arrugas más imperceptibles del rostro de su *Madonna*. Nada más terrible que tales observaciones. Hubo un tiempo, es verdad, en que yo creía que la infidelidad de las mujeres era la cosa más horrible, y para decirles yo lo más horrible, les llamaba serpientes. Pero ¡ah! ahora sé que es lo más terrible que no sean serpientes del todo, pues las serpientes se desnudan todos los años de su piel vieja y se rejuvenecen con otra nueva.

No pude notar si alguno de los dos viejos garzos estaba celoso de que el Marqués, ó más bien su nariz, nadara, como queda dicho, en las delicias (1). Bartolo permanecía tranquilo en su banquillo, con sus desecadas piernas cruzadas una sobre otra, y jugaba con el perrillo faldero de la *signora*, que era uno de esos lindos animalillos indígenas de Bolonia, conocidos con el nombre de boloñeses. El profesor no interrumpía por nada del mundo su canto, que á veces parodiaban alegremente los dulces tonos de las carcajadas del cuarto inmediato; mas de cuando en cuando interrumpía espontáneamente su canturreo, para agobiarme á preguntas jurídicas; y cuando no estábamos conformes en nuestros juicios, arrancaba un fuerte acorde y entonaba citas en apoyo de su opinión. En cuanto á mí, fundaba la mía en la autoridad de mi maestro el gran Hugo, muy célebre en Bolonia bajo el nombre de Ugone ó Ugolino.

—¡Es un gran hombre!—exclamó el profesor; después empezó á toquitar y cantó:

De su voz el dulce acento
En tu pecho hondo vibró,
Y el tormento que produjo,
Goce inmenso se trocó.

También se respeta mucho en Bolonia á Thibaut, á quien los italianos llaman Tibaldo; pero no se conocen

(1) La versión francesa añade: *del mar Rojo*.

allí tanto los escritos de estos grandes hombres, como sus opiniones principales y sus disidencias. Me encontré también con que Gans y Savigny sólo eran conocidos de nombre, creyendo el profesor que este último era una sabia señora.

—Sí, sí—dijo—cuando le hube sacado de este error muy excusable, tiene usted razón, no es una señora. Me han dado falsos informes. Hasta me dijeron que el señor Gans invitó en un baile á esta señora á danzar con él, sufrió un desaire, y por esto se originó entre ellos una enemistad literaria (1).

—En efecto, le han informado á usted mal. El señor Gans no bailaba, y esto por razones filantrópicas, por no producir un temblor de tierra. Esa invitación al baile es probablemente una alegoría mal entendida. La escuela histórica y la filosófica han sido simbolizadas por bailarines, y en este concepto se ha imaginado quizá un cuadro de baile compuesto de Ugone, Tibaldo, Gans y Savigny. Quizá en este sentido se dice que el señor Ugone, por más que sea el Diablo Cojuelo de la jurisprudencia, da tan lindos pasos de baile como la Lemière, y que el señor Gans ha ensayado en los últimos tiempos algunos grandes saltos, que le han convertido en el Hoguet de la escuela filosófica (2).

—El señor Gans—rectificó el profesor—baila, pues,

(1) La versión francesa dice: *y de esto había resultado una encarnizada enemistad de casuistas.*

(2) La versión francesa dice: *el Vestris.*

de un modo puramente alegórico, ó por decirlo así, metafórico.

Después, de repente, en vez de seguir hablando, arpeó en las cuerdas de su guitarra, y tras el más extraño de los preludios (1) se puso á cantar como un loco:

Es verdad, su nombre amado
Dicha da á los corazones.
Que sus olas el mar enfurezca,
Triste el cielo doquier se ennegrezca,
Sólo se oiga Tarara exclamar,
Inclinándose el cielo y la tierra
Por su heroico nombre honrar (2).

En cuanto al señor Goeschen, no sabía siquiera el profesor que existiese. Pero esto tenía su natural explicación, en que la gloria del gran Goeschen no había llegado aún hasta Bolonia, sino solamente hasta Poggio, que dista aún cuatro leguas, y donde permanecerá aún algún tiempo por gusto. La misma Goettinga no es tan conocida en Bolonia como debía esperarse que lo fuera

(1) La versión francesa dice: *En medio de una confusión de los más extravagantes acordes.* El texto sólo dice: *bei dem tollsten Geklimper.*

(2) Los anteriores versos son iguales en número á los del original y reproducen con bastante fidelidad sus ritmos y rimas, aunque en el original no riman más que el 3.º y el 4.º, lo cual no ocurre en la versión francesa, que tiene ocho versos en vez de siete, á pesar de lo que no ofrecen combinación alguna métrica.

por gratitud, pues suele llamársela la Bolonia alemana (1).

No he de examinar aquí si esta denominación es justa; pero en todo caso las dos Universidades se distinguen en la sencilla circunstancia de que en Bolonia se encuentran los perros más pequeños y los sabios más grandes, mientras en Goettinga, al contrario, se encuentran los sabios más pequeños y los perros más grandes.

(1) La versión francesa dice: *Goettinga misma no es aún bastante conocida ó apreciada en Bolonia. Hubiera podido imaginarse lo contrario, y en esto hay una falta de cortesía: porque Goettinga se titula ordinariamente la Bolonia germánica.*

CAPÍTULO VI.

Cuando el marqués *Cristoforo di Gumpelino* sacó su nariz del mar Rojo, como el difunto rey Faraón, brillaba su semblante con una satisfacción sudorosa é íntima. Profundamente conmovido prometió á la *signora* que tan pronto como volviera á poder sentarse, la llevaría á Bolonia en su propio coche. Se convino además en que el profesor se marcharía primero, y Bartolo iría con ellos en el coche del Marqués, donde podría muy bien sentarse en el pescante y llevar el perrito en el regazo, y que por fin en unos catorce días estarían en Florencia, donde la *signora* Francesca, que iba á marcharse á Pisa, con *milady*, habria tenido ya tiempo de volver.

Mientras el Marqués contaba por los dedos el coste del viaje, canturreaba por lo bajo: *Di tanti palpiti*. La *signora* lanzaba por su parte los más brillantes gorgoritos, y el profesor recorría tempestuosamente las cuerdas de su guitarra y cantaba una letra tan ardiente, que gotas de sudor brotaban de su rostro, y las lágrimas corrían de sus ojos, reuniéndose en una sola corriente sobre su rostro encendido. En medio de estos cantos y acordes se abrió de pronto bruscamente la puerta del cuarto inmediato y penetró de un salto un ser....

¡Oh musas del antiguo y del nuevo mundo, hasta vosotras musas aun no descubiertas que venerarán un día futuras generaciones, y que yo hace tiempo he presentado en los bosques y en los mares, yo os conjuro á que me deis colores con que pintar el ser que después de la virtud es la cosa más magnífica que existe en el mundo!

La virtud—de esto no hay que hablar—es la primera de todas las cosas soberanas, el Criador la adornó con tantos atractivos, que parecía que no pudiera producir nada más magnífico; pero reunió aún todas sus fuerzas, y en una hora feliz creó á la *signora* Francesca, la hermosa bailarina, la obra maestra más grande que él produjera después de la creación de la virtud, y en la cual no se repitió en lo más mínimo, como los maestros terrestres en cuyas últimas obras se nos aparecen, aunque embozadamente, las bellezas de las primeras.

No, la *signora* Francesca es completamente original, no tiene la menor semejanza con la virtud; pero hay inteligente que la tiene por tan soberana como ella, y no reconoce á la virtud más ventaja que la de la antigüedad, pues fué creada antes. Pero ¿es acaso un gran defecto que una bailarina tenga unos seis mil años menos?

¡Ah! me parece estarla viendo lanzarse de un salto desde la puerta, abierta con violencia, en medio de la habitación, describiendo al mismo tiempo sobre uno de sus pies una interminable pirueta, dejarse luego caer cuan larga era en el sofá, tapándose los ojos con las ma-

nos, y exclamar sin aliento: ¡Ah; qué cansada estoy de dormir!

Acercóse entonces el Marqués y pronunció un largo discurso en su irónico, vulgar y respetuoso estilo, que contrastaba de extraña manera con el breve y cortado que empleaba al sólo recuerdo de sus negocios prácticos y con el enfadoso y llorón de sus sentimentales arrebatos. Sin embargo, este estilo no dejaba de ser natural, quizá se había desarrollado naturalmente en él, precisamente porque carecía de atrevimiento para dar á conocer en un instante esa superioridad á que se creía con derecho por su dinero y por su ingenio, y que por lo mismo trataba de ocultar cobardemente bajo frases de la más exagerada humildad. Su eterna sonrisa tenía en ocasiones tales un no sé qué de desagradable ridiculez, y no se sabía si pegarle ó aplaudirle.

De este modo pronunció su discurso matinal ante la *signora* Francesca, que, todavía medio dormida, apenas si le había escuchado, y cuando por vía de conclusión le rogó le diera permiso para besar sus pies, ó á lo menos el pie izquierdo, para realizar lo cual, extendió con gran cuidado sobre el pavimento su pañuelo de seda amarilla, arrodillándose sobre él; ella le alargó indiferentemente el pie pedido, que estaba calzado con un lindísimo zapato rojo, en tanto que el derecho lo estaba con uno azul, intencionada coquetería, por medio de la cual se hacia notar más la delicada y linda forma de ambos.

Cuando hubo besado respetuosamente el piececito, le-

vantóse exhalando un ¡oh Jesús! y pidió permiso para presentarme como su amigo, el que le fué concedido también entre bostezos, y en cuyo acto no faltaron frases de encomio para mis excelentes cualidades, pues afirmó bajo palabra de caballero que yo había cantado á la perfección los amores desgraciados.

Por mi parte, pedi también por favor á la dama que tuviese á bien permitirme besarle el pie derecho, y en el momento en que iba á participar de esta honra, se despertó como de un profundo sueño, inclinóse sonriendo hacia mí, me contempló con asombrados ojos, saltó llena de regocijo al medio de la habitación, y dió de nuevo un sin fin de vueltas sobre uno de sus pies; sentí, con extrañeza, que mi corazón giraba continuamente con ella, hasta el punto de darme casi vértigos. Pero el profesor arpeó en este momento alegremente las cuerdas de su guitarra y cantó:

Me prendé de una artista famosa,
Fuí su esposo, al hacerla mi esposa;
Mas apenas casado me vi.....
¡Ay, pobre de mí!
Harto pronto del rudo calvario,
La vendí á un berberisco corsario;
Penetró la sospecha en su sien.....
¡Bravo, *Biscroma!* ¡bien, bien! (1).

(1) *Biscroma*, palabra italiana, que significa *semicorchoa*. La versión francesa presenta la canción original, arriba fiel-

Contemplóme una vez más la *signora* Francesca, sa-
gaz y detenidamente de pies á cabeza, y con gesto satisfe-
cho dió las gracias al Marqués, como si yo fuera un pre-
sente que le ofreciera por galantería. Encontró poco que
censurar; sólo mis cabellos le parecían demasiado castaño-
claros, los hubiera deseado más oscuros, como los ca-
bellos del abate Cecco, y mis ojos le parecían demasiado
pequeños y más verdes que azules. En desquite, querido
lector, debía yo ahora señalar también los defectos de la
signora Francesca; pero no tengo verdaderamente qué
reprochar en aquella lindísima y casi vaporosa apostura
de Gracia.

mente traducida, variada, amplificada y completada, así que he
creído necesario traducirla íntegra en forma de romance octo-
silabo, pues en tales versos parece querer estarlo en francés:

La más célebre cantante
Hizo de mí, por capricho,
Un esposo de añagaza:
¡*Ahí! ¡povero Calpigio!*
Mis furores y mis celos
No enfrenando su extravío,
Era yo en mi casa un cero:
¡*Ahí! ¡povero Calpigio!*

Resolví de ella librarme,
Y á un corsario tripolino
Venido á este fin, venderla:
¡*Ahí! ¡povero Calpigio!*
Llegó el día, y el infame,
Sin darme lo convenido,
Atóme al pie de su cama:
¡*Ahí! ¡povero Calpigio!*

Su rostro tenía todas las divinas proporciones que se encuentran en las estatuas griegas; frente y nariz formaban una sola línea recta, que constituía un dulce ángulo recto con la línea inferior de la nariz, que era admirablemente corta, como también era muy corta la distancia de la nariz á la boca, cuyos labios apenas se juntaban en los dos extremos, completándose con una sonrisa soñadora; debajo redondeábase una linda y llena barbilla, y el cuello.....

¡Ah, piadoso lector! voy ya muy lejos, y además, no tengo en esta descripción inaugural todavía ningún derecho á hablar de las dos silenciosas flores que, como blanca poesía, se dieron á luz cuando la *signora* desabrochó los botones de plata que cerraban junto al cuello su vestido de seda negra.

Amado lector, mejor es que volvamos á subir y continuemos la descripción del semblante, del cual habré de decir aun, por vía de apéndice, que era claro y de una palidez amarillenta, como la del ámbar, que recibía una redondez infantil de los negros cabellos que en brillantes y alisados óvalos cubrían sus sienas, estando iluminado por dos negros ojos de repentinos y mágicos fulgores.

Ya ves, querido lector, que de buena gana te daría una profunda descripción local de mi dicha, y, como otros viajeros insertan en sus obras mapas especiales de territorios de importancia histórica ó simplemente notables, quisiera yo haber hecho aquí retratar á Francesca. Pero ¡ah! ¿qué vale la muerta copia de los contornos ex-

teriores en formas, cuyo más divino atractivo consiste en la movilidad de la vida? Ni aun el mejor pintor puede darnos una idea de esto, pues la pintura no es, después de todo, más que una mentira vulgar. Más pudiera hacer el escultor; mediante una iluminación movible, podemos figurarnos en cierto modo que hay movimiento en las formas de una estatua, y la antorcha que le arroja solamente luz al exterior, parece vivificarla también interiormente. Si, existe una estatua que pudiera darte, querido lector, una marmórea idea de la soberana belleza de Francesca, y ésta es la Venus del gran Canova, que encontrarás en una de las últimas salas del palacio Pitti, en Florencia.

Con frecuencia pienso ahora en dicha estatua; sueño á veces que descansa en mis brazos, se anima poco á poco y murmura, por último, á mi oído con la voz de Francesca. Pero el tono de esta voz era el que comunicaba á cada una de sus palabras la significación más amable y más infinita; si yo quisiera comunicarte sus palabras, te ofrecería solamente un herbario de flores secas cuyo supremo valor consistía en su aroma; también saltaba con frecuencia y bailaba al tiempo de hablar, y acaso era el baile su propio idioma; pues mi corazón bailaba siempre con ella, ejecutando los pasos más difíciles y mostrando en esto tanto talento coreográfico, cual yo jamás hubiera sospechado que tuviese.

De esta manera refería Francesca la historia del abate Cecco, muchacho joven á quien había amado, cuando todavía tejía en el valle del Arno sombreros de paja, y

aseguraba que yo había tenido la ventura de parecerme á él. Al mismo tiempo hacía las más tiernas pantomimas, oprimía contra su corazón, una después de otra, las yemas de sus dedos, pareciendo entonces que sacaba gota á gota con su ahuecada mano los más tiernos sentimientos; arrojábase, por fin, vacilante, de pechos en el sofá, escondía el rostro en los cojines, alzaba tras de sí en alto sus pies y los hacía moverse como muñecos de madera.

El pie azul debía representar al abate Cecco, y el encarnado á la pobre Francesca, y parodiando su propia historia, hacía que los dos enamorados pies se dieran mutua despedida, siendo un drama conmovedor y extravagante ver cómo ambos se besaban con las puntas y se decían las cosas más tiernas. Entonces la loca muchacha vertía entre alegres risotadas un torrente de lágrimas, que de vez en cuando, aunque ella no lo supiera, partían más profundamente del alma de lo que el papel exigía. Hacía también en este cómico desbordamiento de dolor que el abate Cecco pronunciara un largo discurso, en el que celebraba, con pedantescas metáforas, la belleza de la pobre Francesca; y la manera con que entonces contestaba, haciendo de pobre Francesca, imitando su propia voz con el sentimiento de otros días, tenía algo del melancólico juego de los autómatas, que me conmovía de una manera extraña.

—¡Adiós, Cecco! —¡Adiós, Francesca! era el continuo estribillo. Los dos amados piececitos no querían separarse, y al fin me alegraba de que el inexorable destino

los separara, porque un dulce presentimiento me decía por lo bajo que hubiera sido una desgracia para mí que hubieran seguido constantemente unidos.

El profesor aplaudió con una grotesta algarabía de guitarra; la *signora* Letizia hizo algunos trinos; el perrillo ladró; el Marqués y yo batimos las palmas como locos, y la *signora* Francesca se levantó y se inclinó en actitud de dar gracias.

—Es verdaderamente una hermosa comedia—me dijo—pero hace mucho tiempo ya que se estrenó: yo misma me he hecho ya más vieja. Adivine usted cuántos años tengo.

Pero sin aguardar mi respuesta dijo rápidamente:—Diez y ocho años—dando al mismo tiempo diez y ocho vueltas sobre uno de sus pies.—¿Y qué edad tiene usted, doctor?

—Yo, *signora*, he nacido en la primera noche del año 1800.

—Ya he dicho á usted—observó el Marqués—que es uno de los primeros hombres de nuestro siglo.

—¿Y cuántos años me echa usted á mí?—exclamó de pronto la *signora* Letizia, quien sin tener en cuenta su traje de Eva, que hasta entonces habían ocultado las ropas del lecho, se levantó de pronto al hacer esta pregunta, con tal entusiasmo, que no sólo exhibió el mar Rojo, sino también toda la Arabia, Siria y Mesopotamia.

Ante tan horrible espectáculo, di aterrado un salto hacia atrás, balbuceando algunas frases hechas acerca de

la dificultad de contestar á semejante pregunta, no habiendo visto seguramente todavía más que á medias á la *signora*; pero como ella insistía, cada vez más impaciente, le confesé la verdad, que no sabía calcular la diferencia existente entre el año italiano y el año alemán.

—¿Es grande la diferencia?—preguntó la *signora* Letizia.

—Se comprende fácilmente—le contesté;—como el calor dilata los cuerpos, en la cálida Italia son mucho más largos los años que en la fría Alemania.

Pero el Marqués me sacó aun mejor del apuro, afirmando galantemente que su belleza no había hecho más que adquirir la más voluptuosa madurez. Y, *signora*, añadió, así como las naranjas cuanto más tiempo tienen se ponen más amarillas, sucede á su belleza que con los años se pone más madura.

La dama pareció satisfecha con esta comparación, y confesó al mismo tiempo que se sentía realmente más madura que antes, especialmente que cuando, siendo todavía una figurilla delgada, se presentó por primera vez en el teatro de Bolonia, y que no comprendía todavía cómo con aquel aspecto pudo hacer tanto *furor*. Y entonces contaba su estreno, en Ariadna, al cual, según descubri después, solía volver con frecuencia, y en cuya ocasión el *signor* Bartolo tenía que declamar la poesía que entonces le arrojara á la escena. Era una buena poesía llena de conmovedora tristeza, en lo que se refiere á la deslealtad de Teseo, de ciego entusiasmo hacia Baco, y por la ardiente glorificación de Ariadna.

¡Bella cosa! exclamaba la *signora* Letizia á cada estrofa, y aun yo mismo elogí las imágenes, la factura de los versos y toda la concepción del mito.

—Sí, es muy bella—dijo el profesor—y se funda seguramente en una verdad histórica, pues según algunos autores refieren expresamente, Ceneo, sacerdote de Baco, se casó con la inconsolable Ariadna al encontrarla abandonada en Naxos, y, como ocurre con frecuencia, en la tradición se ha convertido el sacerdote del dios en el dios mismo.

No pude adherirme á esta opinión, porque en Mitología me inclino más á la interpretación histórica (1), y repliqué:—En toda la fábula de Ariadna, después de ser abandonada por Teseo en Naxos, en lo de arrojarse en brazos de Baco, no veo yo otra cosa más que la alegoría (2) de que se entregó á la bebida, hipótesis que comparten conmigo muchos de mis eruditos compatriotas.—Usted, señor Marqués, sabrá quizá que el difunto banquero Bethmann hizo iluminar su Ariadna, con arreglo á esta hipótesis, de modo que parecía tener la nariz roja.

—Sí, sí, Bethmann de Francfort era un grande hombre—exclamó el Marqués; pero en el mismo instante pareció que alguna cosa de importancia se le pasaba por la imaginación, y suspirando dijo para sí:—¡Dios mío, Dios mío, he olvidado escribir á Rothschild á Franc-

(1) La versión francesa dice: *filosófica*.

(2) La versión francesa añade: *que significaba que en esta situación deplorable se había entregado....*

fort!—y con el rostro seriamente preocupado, del que parecía haber desaparecido todo parodístico humor, saludó en abreviatura, sin largas ceremonias, y prometió volver por la tarde.

Cuando se hubo marchado y me disponía yo, según costumbre social, á hacer mis glosas sobre el hombre á cuya amabilidad debía haber hecho tan agradable conocimiento, me hallé, con gran admiración mía, con que todos ellos no sabían cómo elogiarle bastante, y que cada uno en particular elogiaba su entusiasmo por lo bello, su distinguido y fino trato y su desinterés, con las frases más encomiásticas. Hasta la *signora* Francesca unió su voz á este coro de alabanzas, si bien confesó que su nariz le inquietaba algo y le recordaba siempre la torre de Pisa.

Al despedirme le rogué nuevamente tuviese á bien permitirme besar su pie izquierdo, á lo que contestó sacándose con risueña seriedad, no sólo el zapato rojo, sino también la media, y cuando me arrodillé me alargó el blanco y brillante pie de azucena, el que oprimí contra mis labios quizá con más fervor que si hubiera sido el pie del Papa. Dicho se está que hice después de camarista, y le ayudé á ponerse media y zapato.

—Estoy contenta de usted—dijo la *signora* Francesca una vez terminada la operación, en la que no anduve muy de prisa, por más que puse en actividad todos mis diez dedos.—Estoy contenta de usted: me pondrá usted con frecuencia las medias. Hoy ha besado el pie izquierdo; mañana podré otorgarle el derecho.

Pasado mañana podrá usted besarme la mano izquierda, y al otro día la derecha. Pórtese bien y le presentaré después la boca, y así sucesivamente. Ya ve usted que tengo deseo de hacerle adelantar; y como es joven, aun puede abrirse camino en el mundo.

Y me le he abierto. Testigos sois de ello, ¡oh noches de Toscana! tú, cielo azul claro con tus grandes y argentadas estrellas; vosotros, bosquecillos de laureles silvestres y de mirtos misteriosos; vosotras, ¡oh ninfas de los Apeninos, que nos embriagabais con vuestras danzas nupciales, haciéndonos soñar en aquellos mejores tiempos de los dioses, cuando no existía ninguna mentira gótica de esas que no consienten más que placeres ocultos y furtivos y clavan la hipócrita hojita de higuera (1) á todo sentimiento libre!

No se necesitaba ninguna hoja especial de higuera, pues toda una higuera, con sus frondosas ramas, murmuraba sobre las cabezas de los felices.

(1) La versión francesa dice: *de parra*.

CAPÍTULO VII.

Se sabe lo que son palos, pero lo que es el amor, esto aún no lo ha descubierto nadie. Algunos filósofos naturalistas (1) han afirmado que es una especie de electricidad. Es posible, pues en el momento en que se le ocurre á uno enamorarse, siente que un rayo eléctrico, que parte de los ojos de la amada, hiere de pronto nuestro corazón. ¡ Ah! estos rayos son los más perniciosos, y al que encontrara un pararrayos contra ellos, le honraría yo más que á Franklin.

¡ Que no hubiera pequeños pararrayos que se pudieran llevar sobre el corazón, cuyo hilo conductor alcanzara á desviar el terrible fuego!

Pero me temo que no va á ser tan fácil arrebatar al pequeño Amor sus flechas como á Júpiter su rayo y á los tiranos su cetro. Fuera de que el Amor no obra como el rayo; á veces se oculta como una serpiente entre las rosas, y aprovecha el primer resquicio del corazón para introducirse en él; á veces no es más que una palabra, una mirada, la narración de un hecho insignificante, lo que

(1) La versión francesa dice: *modernos*.

cae en nuestro corazón cual diminuta semilla, se está allí todo un invierno, hasta que llega la primavera, y el granito de simiente brota y se convierte de pronto en una espléndida flor cuyo aroma se nos sube á la cabeza.

El mismo sol que en el valle del Nilo, en el Egipto, incuba los huevos de los cocodrilos, puede igualmente madurar por completo en Potsdam, junto al Havel, la semilla de amor en un corazón joven..... pues hay lágrimas en Egipto y en Potsdam. Pero las lágrimas (1) no darán en mucho tiempo luz alguna.

¿Qué es el amor? ¿Ha profundizado alguien su esencia? ¿Ha resuelto alguien el enigma? Acaso lleve consigo la tal resolución mayor tormento que el enigma mismo, y el corazón se aterre y petrifique ante él como á la vista de una Medusa. Serpientes se enroscan en torno de la terrible palabra que resuelve este enigma; ¡oh! jamás quisiera saber esta palabra; la miseria que consume mi corazón me será siempre preferible á esta petrificación fría. ¡Oh! no la pronunciéis, seres muertos que, privados de dolor como la piedra, pero también sin sentimientos como ella, vagáis por el jardín de rosas de este mundo, y con pálidos labios os burláis de vuestros insensatos compañeros, que elogian el aroma de las rosas y se quejan de las espinas!

Pero si yo, querido lector, no alcanzo á decirte lo que es propiamente el amor, si puedo referirte con la mayor

(1) Añade la versión francesa: *ni las de los cocodrilos, ni las de las damas prusianas..... darán.....*

minuciosidad cómo se gesticula y cómo se siente uno cuando se está enamorado en los Apeninos. Se gesticula como un loco, se baila sobre colinas y rocas, y se cree que el mundo entero danza con uno; se le antoja á uno que el mundo acaba de ser creado, y que es uno el primer hombre.

—¡Ah, qué hermoso es todo!—exclamé yo al abandonar la morada de Francesca.—¡Qué bello y admirable es este nuevo mundo!—Parecíame que debía dar nombre á todas las plantas y animales, y lo denominaba todo con arreglo á su íntima naturaleza y á mi propio sentimiento, que estaba admirablemente confundido con las cosas externas. Mi pecho era una fuente de revelación; yo comprendía todas las formas y estructuras, el aroma de las plantas, el canto de las aves, el silbido del viento y el rumor de las cascadas. A veces oía también la voz divina:—Adám, ¿dónde estás?—Aquí estoy, Francesca—exclamaba yo entonces;—yo te adoro, pues sé de toda certeza que tú has creado el sol, la luna, las estrellas y la tierra con todas sus criaturas.—Entonces una risa burlona salía del bosquecillo de mirtos, y suspiraba yo interiormente:—¡Oh dulce locura, no me abandones!

Más tarde, cuando llegó la hora del crepúsculo, fué cuando comenzó verdaderamente la loca felicidad del amor. Los árboles danzaban sobre las montañas con sus pesadas cabezas, que se iluminaban de rojo á los rayos del sol poniente, como si se hubieran embriagado con sus propias viñas. Abajo, el torrente se precipitaba con

más fuerza y rugía lleno de inquietud, como si temiera que las montañas, embriagadas de entusiasmo, fueran á precipitarse al abismo. Al mismo tiempo la luz crepuscular era tan apasionada como un chispeante beso.— Si— exclamé yo—el riente cielo besa á la amada tierra. ¡Oh Francesca, hermoso cielo, déjame ser tu tierra! Soy tan completamente terrestre, que suspiro por tí, cielo mío.

Así exclamaba yo, y extendía los brazos suplicantes (1), dándome con la cabeza contra algún árbol, al que abrazaba en vez de quejarme, y mi alma se estremecía en una embriaguez de amor..... cuando de pronto reparé en un bulto brillante de color escarlata, que me arrancó violentamente á todos mis sueños y me devolvió á la más refrigerante (2) realidad.

(1) La versión francesa dice: *en el éxtasis del deseo*.

(2) La versión francesa dice: *tibia*, pero la frase del original es *kühlsten*, cuya traducción es la que va en el texto.

CAPÍTULO VIII.

Sobre un verde manchón de césped, y bajo un laurel copudo, estaba sentado Jacinto, el criado del Marqués, y á su lado su perro *Apolo*. Este último se hallaba más bien de pie, con sus manos puestas sobre las rodillas del hombrecillo de color escarlata, mirando curiosamente cómo éste, que tenía en sus manos un libro de memorias, escribía en él de cuando en cuando, se sonreía melancólicamente, sacudía su cabecita, exhalaba profundos suspiros, ó lleno de placer se limpiaba la nariz.

—¡Qué diablo!—le grité—Hirsch, digo, Jacinto, ¿escribes versos? ¡Vive Dios que los augurios son favorables! *Apolo* está á tu lado, y el laurel se inclina ya sobre tu cabeza.

Pero fuí injusto con el pobre diablo, que me contestó con dulzura:

—¿Versos? No; soy amigo de la poesía, pero no la escribo. ¿Qué había de escribir? No tenía nada que hacer, y para entretenerme estaba redactando una lista de los nombres de mis amigos que en otro tiempo jugaron en mi colecta. Algunos de ellos hasta me han quedado á deber algo..... No vaya usted á creer, señor Doc-